
Relaciones peligrosas

[Enric González](#)

Lust in Translation: The Rules of

Infidelity from Tokyo to Tennessee

(Lujuria en traducción)

Pamela Druckerman

291 págs., Penguin, Londres,

Reino Unido, 2007 (en inglés)

El pesimismo absoluto no es la actitud más aconsejable para andar por la vida. Pero el optimismo absoluto no resulta mejor. Esta conclusión es alcanzable por la vía de la observación empírica: basta repasar el desarrollo de la invasión de Irak o la trayectoria de algún equipo de fútbol español. Si se excava en el ámbito más oscuro de la pareja, el de las infidelidades, aparece ese mismo resultado. En materia de matrimonios y deslices, ni el optimismo estadounidense ni el pesimismo surafricano conducen a nada bueno. Lo más aconsejable es una opción intermedia hecha de escepticismo, discreción y sentido común. Es lo que se aprende con *Lust in Translation* [juego de palabras intraducible con el título del filme *Lost in Translation*

, sustituyendo la palabra “perdidos” por “lujuria”], libro sobre las *normas del adulterio* en distintas zonas del mundo.

La sociedad estadounidense atraviesa una fase peculiar y su actitud ante el sexo constituye un elemento altamente revelador. Digamos, por generalizar, que tiende a contemplarse el sexo desde un punto de vista constructivo, razonable e higiénico. En Europa occidental suele darse por bueno el aforismo de Woody Allen: el sexo sólo es sucio cuando se hace bien. En Estados Unidos, no. Tomemos como ejemplo los estatutos del Arizona Power Exchange, una asociación de sadomasoquistas que se anuncia en Internet: “Hay que afrontar la experiencia sadomasoquista con aceptación, cariño, dignidad y respeto”. ¿Hablamos en serio? ¿Sádicos cariñosos? ¿Masoquistas en busca de una experiencia llena de dignidad y respeto? Al parecer, sí. En Arizona funcionan así las cosas.

Pamela Druckerman, antigua corresponsal de *The Wall Street Journal* y residente en París, se formuló una pregunta: ¿por qué a los estadounidenses nos aterroriza el adulterio? En busca de la respuesta investigó las *normas del adulterio*, su aceptación o rechazo social y sus consecuencias sobre la pareja y el

individuo en países como Suráfrica, Francia, Japón, Indonesia, Rusia y EE UU. La periodista viajó, preguntó, desenterró estadísticas y escuchó testimonios asombrosos. *Lust in Translation* es el resultado.

“Nunca me libraré de este peso, estoy condenada a la terapia de por vida”. “Fue peor que cuando murió nuestro hijo”. “Ya no lloramos tanto como cuando ocurrió [dos años atrás] gracias a los antidepresivos”. Lo que antecede son testimonios de esposas y esposos americanos, víctimas del descubrimiento de la infidelidad ocasional de uno u otro. Gente que no recurrió al automatismo (el adulterio estadounidense conduce al divorcio inmediato en más del 90% de los casos) y prefirió disfrutar en pareja de la “tragedia devastadora”.

Las frases apenas citadas pueden sonar exageradas, pero ése es el clima. Pensemos en los productos contemporáneos de Hollywood: si la película comienza con un adulterio, es más que probable que el incidente desemboque en al menos una muerte. Una encuesta Gallup de 2006 reveló que, para los estadounidenses, el adulterio era más aborrecible que la poligamia o la clonación humana. La prensa americana se refiere con frecuencia a un alarmante incremento de la infidelidad femenina (reflejada en series como *Mujeres desesperadas*

), pero las estadísticas no lo confirman. Los porcentajes son más o menos estables: cada año, 12 de cada 100 maridos y 3 de cada 100 mujeres se saltan la disciplina conyugal.

¿Es el pavor al adulterio un fenómeno religioso? Dios, al fin y al cabo, parece haberse refugiado en EE UU. La respuesta, sin embargo, es negativa. Evangélicos sureños y ateos neoyorquinos comparten la fobia. Y unas cuantas conversaciones en un geriátrico de lujo junto a las playas de Florida permiten comprobar que en los 50, 60 y 70 (cuando se dio por casi culminada la revolución sexual) el adulterio era una más entre las opciones lúdicas de que disponían señoras religiosas, conservadoras y, hasta cierto punto, enamoradas de sus maridos. La actitud que la población estadounidense (la urbana, al menos) mantenía entonces hacia el adulterio era más relajada (pero no muy distinta) que la de hoy en países como la “libertina” Francia y, es de suponer (no se estudia en el libro), España.



Real separación: a los franceses no les importan las cuestiones relacionadas con la infidelidad. En la imagen, Ségolène Royal y François Hollande.

Por otra parte, poblaciones esencialmente religiosas como las africanas practican el adulterio (masculino) con gran afición y asiduidad. En casos como el de Suráfrica, donde uno de cada cinco adultos es seropositivo y donde la esperanza de vida de los varones se limita a 54 años, se trata de una afición casi suicida. Combinar el interés por el adulterio con el desinterés hacia el preservativo implica un altísimo riesgo. Y, sin embargo, la mortandad no ha hecho más castos a los surafricanos. Pamela Druckerman realiza una deducción razonable: “La ubicuidad de la muerte tiene un efecto anestésico”. Se trata de un claro ejemplo de sociedad absolutamente pesimista.

¿Estará relacionada la *adulterofobia* con el temor al desorden social por la erosión del matrimonio?

No. La sociedad japonesa es altamente ordenada, y a la vez muy tolerante respecto a los “partidos fuera de casa” (la expresión deportiva que utilizan los británicos) de la población masculina. Japón, por supuesto, tiene sus rarezas. El hecho de viajar con frecuencia en trenes aglomerados ha generado entre los japoneses una peculiar conexión entre el erotismo, el vagón y las apreturas, y abundan los clubes en

forma de tren donde los clientes, apelotonados en un pasillo, pueden permitirse palpar a las *pasajeras*. Pero nada de eso altera el edificio social. En el otro extremo de la escala aparece Rusia, con una sociedad caótica y unos colosales niveles de infidelidad conyugal.

Pamela Druckerman deduce que el adulterio como fenómeno patológico (no hablamos del desliz, sino de la vocación entusiasta) está relacionado con la pobreza, la marginación y la desesperanza, y que eso vale tanto para Estados Unidos como para cualquier otro país. Puede ser. Y deduce también (volvemos al principio) que el horror americano hacia el adulterio se basa en un exceso de optimismo. La gran esperanza y la actitud positiva en que se basa, desde su fundación, la sociedad estadounidense han degenerado en una cierta incapacidad para comprender que la buena voluntad no asegura resultados perfectos, que el matrimonio no es una fórmula mágica para resolver la angustia existencial, que la fe absoluta en el cónyuge es tan irracional como la fe absoluta en uno mismo. Y que, en palabras de Druckerman, “la vida nunca es tan pulcra como desearían los americanos”.

Fecha de creación

31 julio, 2007